





siempre mediodía

**Ignacio Fernández
Perandones**



Título: Siempre mediodía

Primera edición: septiembre, 2025

© 2025, del texto Ignacio Fernández Perandones.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1916-2025

ISBN: 979-13-87720-30-8

Basta una pequeña grieta para que la vida renazca.

—Ernesto Sábato

La vida del hombre, o es encuentro, o no es nada.

—Martín Buber

Dije: Todo, completo:

¡Las doce en el reloj!

—Jorge Guillén



Índice

Presentación	9
22 del doce del 22 a las doce	11
1	15
2	31
3	43
4	55
Sonia, la chica de la cafetería	67
El doctor Carrasco.....	73
Narciso, el jubilado	79
Damián, el frutero	89
Ángel, el profesor de matemáticas.....	95



Presentación

Con frecuencia, cuando cruzo las plazas y las calles de la ciudad donde vivo, me viene a la cabeza la inolvidable escena con la que comienza *¡Tan lejos, tan cerca!*, aquella icónica película del cineasta germano Wim Wenders. Un ángel acaba de ser arrojado al entramado urbano de la capital alemana y escucha —tiene poder para ello— los pensamientos de las personas que bullen a su alrededor: pequeñas preocupaciones, planes a corto plazo, algún disgusto momentáneo...

Rememorando la escena, a veces me pregunto sobre la vida de las personas con las que me cruzo. Esa chica que trota en el parque con sus auriculares inalámbricos, ese abuelo que arrastra al nieto hasta la parada de autobús, esa señora que guarda ahora el móvil en el bolsillo... ¿qué pensarán?, ¿cómo será su vida?, ¿habrán llorado alguna vez?, ¿de qué estarán discutiendo consigo mismos?, ¿tendrán tomada ya la decisión correcta?, ¿cómo amarán?

En este relato de relatos que os presento, todo ocurre durante unas pocas horas: la mañana del 22 de diciembre de 2022. Son varios los protagonistas, diversas sus circunstancias, sus problemas, sus recuerdos. Pero todos forman parte de la misma historia. La historia de nosotros, los seres humanos, que no somos

ángeles. Es verdad, a base de pisar baldosas traicioneras, se nos embarran con frecuencia los zapatos y las intenciones. Pasan cosas. Hay espinas. Vemos con cristales empañados. Andamos despistados. No sabemos muy bien dónde se encuentra el sol. Pero el sol está ahí, bien alto, en mediodía, puntual a su cita.

Este es un relato de gente corriente a la que le ocurren sucesos corrientes que no saben muy bien cómo resolver. Gente que se equivoca, que vuelve sobre sus pasos, regresa y avanza, que lo intenta de nuevo. Como te ocurre a ti, como me ocurre a mí. Como le ocurre a ese empleado de la limpieza que realiza su trabajo en la calle empedrada.

22 del doce del 22 a las doce

Hoy más que nunca, en la plaza del mercado es difícil entablar una conversación sin acabar en el grito. Tal es la bulla que, por muy amplia que sea su extensión rectangular, parece complicado atravesar la explanada sin paradas ni rodeos. La misma selva se congrega cada día. Buscadores reincidentes de objetos extraños, mujeres que palpan todo lo que ven, simples mirones, y toda una fauna variopinta ávida de llevarse a su nido algo más barato todavía. Aquí hay de todo: gorros de lana, cinturones, *shorts*, camisetas estampadas, pintalabios, gafas de sol, viseras, llaves allen, aparatos de radio, linternas, juegos de mesa... Todo ello expuesto en interminables mesas alargadas que rodean la plaza, o en paneles de ocasión donde cuelgan de sus perchas de alambre artículos textiles de lo más variado.

Ya hace algunas jornadas, aparecen, además, algunas novedades que añadir al paisaje. Cintas de espumillones, estrellas luminosas, abetos artificiales que enseñan desafiantes sus ramas de alambre, estampas de paisajes nevados. Y figuras, miles de figuras con la Virgen, san José, el Niño, pastores en las más diversas

posturas y ángeles azules con sus alas desplegadas. De todas las calidades, de todas las formas, tamaños y materiales posibles. Es como una pacífica invasión que se reproduce todos los años en estas fechas. Estamos en vísperas de Navidad. Es el día de la Lotería Nacional. En radios esquineras, se puede escuchar la voz blanca de unos niños, siempre monótona y repetitiva, que esparce su mecánica información de números y cifras ante la indiferencia general de todos los que pasan.

A un costado del mercado, se abre el arco del ayuntamiento, con su plaza cuadrada, circundada de bancos y plátanos, más tranquila sin duda, con mucho paseante y comercios de renombre. De la misma plaza sale una larga vía peatonal, la calle empedrada, que conforma el eje del casco antiguo. Las campanas de San Ginés, generosas, acaban de celebrar el mediodía hace unos minutos. Terminado el insistente tañido, vuelve la tranquilidad, y solo se escucha el ruido monacorde de los pasos.

Sin embargo —en ese momento—, se rompe el silencio. El empleado del servicio de limpieza recibe una llamada inesperada. Al cabo de unos segundos, deja el cubo y la escoba plantados en medio de la calle. Su voz inquieta se alza sobre todo lo demás: «Mira, ¿sabes lo que te digo?, que me importa un bledo los líos que tengas... ya, ya... es que es la primera vez que pasa... ¿el qué? Pues... que no estamos todos, ¡que es la primera Navidad que no apareces por casa!». No se da cuenta, pero el volumen sube y sube. Un jubilado sentado en el banco de la esquina vuelve la cabeza un instante. Se aparta un visillo en la casa de enfrente.

«No, no, las cosas no son así... que a mamá le vas a dar un disgusto de muerte. ¡Qué te vengas, joé, que no

nos puedes hacer esto!». Ya no es un tono elevado, es puro grito. Los viandantes ahora dan un rodeo al pasar. El móvil le tiembla en la oreja. «Pues sabes lo que te digo, que hasta aquí hemos llegado... que... que... ¡ya no te considero hermano!».

El empleado del servicio de limpieza propina un fuerte golpe a la pantalla con el dedo pulgar, cerrando bruscamente la llamada. Quizá se haya pasado — piensa —, pero no quiere dar más vueltas al asunto. Lo dicho, dicho está. Recoge el cubo y la escoba, esquivo a una mujer que camina distraída y ciertamente nerviosa. Comienza a hacer su trabajo de manera sistemática, como un autómata, poniendo su atención en las colillas retorcidas, las virutas leñosas y la hojarasca amarilla que cubre los flancos de la calzada en esta luminosa mañana del 22 de diciembre del año 2022.

De pronto, siente una tenue ráfaga de viento fresco a su espalda que cimbrea las ramas de los árboles y hace caer algunas hojas más. Sin previo aviso, un avión de papel aparece por su derecha y aterriza suavemente a sus pies, como si formara parte de una escena ensayada.



1

EL CELADOR desciende con cierta precipitación las escaleras que conducen a la cafetería del Hospital General. Echa un vistazo. No parece muy poblada todavía, mira el reloj. Espera un minuto. Lo vuelve a mirar. Tres enfermeras ríen la espera con bromas que solo ellas entienden. Sonia, la muchacha que ayuda en la cafetería, alinea las copas de un modo casi militar y vierte en ellas el champán. Sus ojos grises se reflejan en las diminutas panzas de cristal como si fueran lágrimas de cielo. En una generosa cazuela, el chocolate líquido espera su turno. La animación es patente. Más y más personal del centro hospitalario va colmando poco a poco el estrecho espacio que resta entre las mesas. De la esquina superior del tablón de menús cuelga un Papá Noel algo desvencijado, rescatado a toda prisa de algún desván ignoto.

El celador está contento. Es 22 de diciembre. A las once en punto, termina su turno, y no vuelve hasta después de Reyes. «A ver —recuenta con deleite para sus adentros—: cuatro días obligados por las fiestas, cinco días retrasados que me deben por guardias extra, y ocho días de vacaciones que no gasté en verano. Eso hace... ¡diecisiete días! O sea, hasta el nueve de enero, adiós». Los ha contado ya mil veces, desde el

día en que decidió hacer un parón grande en Navidad, pero le gusta recrearse en el cálculo, felicitarse nuevamente a sí mismo por su suerte. Todavía no ha quedado claro en casa cómo van a llenar ese medio mes invernal. Lo ha hablado varias veces ya con su mujer. Ella es más de viajar, él más de sillón, película y paseos por los alrededores, sin tanto volante. Al final, habrá que buscar, como siempre, una solución de compromiso. Le ha propuesto un viaje a Toledo. Sí, quizá sea la oportunidad de visitar la emblemática ciudad del Tajo con tranquilidad, y después llevar a su hijo de diez años a un parque temático cercano.

Por ahora, solo queda sonreír un poco y marcharse. Mira el reloj. Son las diez y media. Lo que hoy comienza —dentro de escasos minutos— son unas más que merecidas jornadas de descanso. «*Agur*, queos-dén, ahí os quedáis». Está cerca de la desconexión total. Este año 2022 que felizmente acaba, con tantas operaciones quirúrgicas retrasadas y tanto COVID coleteando todavía, ha sido verdaderamente agotador.

La cafetería ya está abarrotada. Los corros son cada vez más densos. A algunos no les queda más remedio que pegarse a las paredes del fondo. De una mano a otra se pasan vasos de plásticos humeantes. Luego viene el champán. El director del General ha invitado a los trabajadores que puedan asistir a un detalle prenavideño. Es tradición. Sonrisas diseñadas para la ocasión, *selfies*. Un vocerío enredado y creciente alcanza el techo. Muchos, después de esa pausa, tendrán que volver al tajo. El celador siente un regocijo interior que no deja traslucir para que no parezca pavoneo.

Entra el director del hospital. Levanta su copa. Los demás le imitan. Improvisa un más que previsible

brindis que todos rematan con un chinchín abigarrado que se esparce por la sala. Ahora vienen los abrazos, las felicitaciones y las risas estentóreas. Más y más sonrisas ensayadas, más *selfies* de conjunto que immortalicen la ocasión, no se sabe exactamente para quién. «Poneos, por favor... los más altos al final... agáchate que no cabes... a ver, todos a una: “treinta tres” a la de ¡ya! Espera, no os mováis todavía, va otra, y otra... ahora con mi móvil... comparte, ¿eh? Sí, claro, no os preocupéis, lo pongo en el grupo...».

En ese momento, suena el zumbido de un móvil. El celador se palpa el pantalón: es para él. Se le requiere. Hay que llevar a un paciente de la segunda planta al quirófano. Mira con disimulo el reloj. Quedan veinte minutos para las once. Se le escapa un «¡mierda!» casi imperceptible y sale de la cafetería con gesto contrariado, sin que nadie —salvo la chica de la cafetería, que se cruza en su camino al pie de las escaleras— se dé demasiada cuenta de su ausencia en la euforia del momento.

EL ESTUDIANTE medita su situación ante las puertas del instituto. No sabe si debe cruzar el umbral de la imponente cancela que abre las puertas al recinto del centro educativo. Se siente paralizado, y todavía ignora si es por pánico o por vergüenza. Hasta 3.º de la ESO no le fue especialmente mal. Pero hace una semana le entregaron el documento con las calificaciones del primer trimestre. No ha comenzado bien 4.º de la ESO, último curso de secundaria. La asignatura de Historia, se la esperaba. Le pillaron copiando. La de Educación Física cayó porque no había entregado

al final un trabajo. «Mira que es absurdo —había concluido—: para una asignatura en la que no hay deberes, van y te obligan a escribir cinco folios sobre la importancia de la salud. Yo paso». Y no lo entregó, más que nada, por cabezonería. Asignatura suspensa. Ya son dos.

Pero la que más le duele son las dichas Matemáticas. Nunca fue de sobresalientes, pero se había defendido medianamente bien hasta ahora. Los cursos pasados, el nivel era asequible, y al final sobrevivía. En 4.º de la ESO, sin embargo, la cosa cambia para mal. Como demonios que salen del mismo infierno, aparecen los polinomios y las fracciones algebraicas. La primera vez que oyó hablar de estas abstrusas composiciones mentales, no comprendió nada. Aquello era un vaivén de números y formulaciones. Al principio, no se preocupó demasiado. Siempre había sido lento de entendederas. Lo malo es que, durante los siguientes días y semanas, persistió esa pertinaz niebla mental que le impedía saber al menos de qué iba todo aquello. Y no digamos cuando comenzaron a transcurrir por los recovecos de la trigonometría. Ángel, el profesor de Matemáticas, repetía la explicación una y otra vez, pero al estudiante le daba vergüenza preguntar una vez más.

Le habían repartido las calificaciones hace una semana, justo después del puente de la Constitución. El padre del estudiante es ingeniero y trabaja en una gran empresa tecnológica. Su madre es economista y tiene un puesto de operadora en el Banco Santander. El chico se topa todos los días, nada más abrir la puerta de casa, con los flamantes títulos de sus padres, bien colgados en la parte central del pasillo. El

enfado fue patente: tres suspensos y, además, uno en Matemáticas, asignatura en la que ellos habían sobresalido siempre. Pidieron cita con el tutor y, a los dos días, allí se presentaron con un rictus de disgusto mal disimulado después de las iniciales sonrisas de rigor. Ángel capeó el temporal como pudo. Se arrancó con un elaborado circunloquio colmado de eufemismos que venía a decir —sin utilizar estas palabras— que el estudiante no se enteraba de nada, que era un auténtico negado para las ciencias exactas, y que eligiera la modalidad de Humanidades en cuanto pudiera. Tan matizados fueron sus argumentos que no calaron en sus interlocutores, aferrados a la idea de que su hijo es un alumno brillante que simplemente se encuentra algo despistado por tanto juego de ordenador y por las veleidades propias de la adolescencia. En un momento de la conversación, les propuso un examen de recuperación antes de las vacaciones. Los padres se mostraron de acuerdo. Les importó poco que la prueba —no había más huecos disponibles— fuera el mismo 22 a las once y media, último día de clase, poco antes de que el instituto cerrara a cal y canto hasta el nuevo año.

De vuelta a casa, padre y madre le dejaron las cosas claras. Debía presentarse a esa prueba, y querían ver resultados. Salieron a relucir las palabras «responsabilidad», «esfuerzo», «orden», «concentración». Y, claro, una semana entera sin salir.

Y ahí está el estudiante —hoy, 22 de diciembre— delante de la entrada principal, dudando todavía si entrar o no. ¿Para qué, si va a suspender de nuevo? Una semana entera con el libro abierto en la página 45, mientras su móvil vomitaba vídeos de TikTok. Son

las once y veinticinco: está, sí, enfrente del instituto. Pero más bien se encuentra en un callejón sin salida. Si entra, desastre seguro; si no entra, apocalipsis en casa. ¿Qué hacer?

EL YERNO espera que, en algún momento de esa luminosa mañana, despierte el móvil que se encuentra sobre su algo destartada mesa de despacho. Desea y teme al mismo tiempo esa llamada. Por ahora, escucha como un autómatas el soniquete repetitivo hasta la saciedad de los niños de San Ildefonso por la radio. La luz se va acercando al mediodía, y se refleja ahora en las estanterías donde se guardan los candelabros y los libros de misa. La estancia, tiene que reconocerlo, no es un modelo de orden y concierto, pero él, que lleva ya diez años siendo sacristán de San Ginés, tiene bien localizado lo que se necesita en todo momento, y cumple con pulcritud sus obligaciones. El párroco no puede tener queja.

Pero lo que le preocupa no son ahora los variados cometidos que le esperan a dos días de la Nochebuena y la misa de gallo. Le preocupa el teléfono, ese teléfono que por ahora permanece inerte, sin dar señales de vida. Le preocupa su suegro, que lleva hospitalizado ya demasiado tiempo. Tiene 86 años y la cosa pinta muy mal. Le preocupa su mujer, que todas las santas jornadas vuelve a casa a las ocho de la mañana con unas ojeras cada vez más profundas. Unas ojeras que le surcan los pómulos y el ánimo. Esa no es su mujer, es lo que queda de ella: el cabello arrebujaado, el vestido desaliñado. Recibe una figura encorvada y exhausta. «Está bien que cuide de su padre —piensa—, pero

se está dejando el alma, la vida».

Fue hace dos meses, después de desayunar. Su suegro se desmayó en casa y comenzó a sangrar por la boca. No podía respirar. Tuvieron que llamar al Sámur. Le llevaron a Urgencias. Después de varias pruebas, le diagnosticaron un tumor en el pulmón. Los primeros días, los dos se alternaban por la noche. Pero aquello era un sinvivir. Cada vez que le sugería la conveniencia de contratar un cuidador, su mujer saltaba: «¡le cuido yo sin ayuda de nadie, que para eso soy su hija!».

A veces, las discusiones subían de tono. La hija del enfermo no daba su brazo a torcer. Iría noche tras noche, y estaba dispuesta hacer lo que fuera necesario para que su padre saliera de este trance y se recuperara. El yerno argumentaba una y otra vez que debía mirar por su propia salud y dejar que el pobre siguiera el rumbo natural de su enfermedad. «¡Claro, ya te veo venir —le espetó en una ocasión—, tú lo que quieres es que se muera cuanto antes!».

El sacristán reconocía para sus adentros que eso mismo le había pedido a Dios mientras encendía las velas cada día antes de la misa de siete. Que se lo llevara de una vez, que acabara este calvario.

La tensión aumentaba con el transcurrir de las semanas. Pero hace unos días, la cosa explotó. El doctor Carrasco les comunicó la posibilidad de operar, de extraer el tumor, aunque ello conllevara la pérdida del pulmón derecho. La intervención quirúrgica habría de realizarse cuanto antes, no más tarde del 22 de diciembre. «Pero, ¿qué posibilidades hay de éxito?», preguntó con ansiedad la hija. El doctor bajó la cabeza: «hombre, con 86 años, pues no sé..., lo tienen

que decidir ustedes», y se dio media vuelta. Quedaron solos los dos. Ella se empeñó con determinación obsesiva en operar. Él bramó que eso era una carnicería y que dejara a su padre morir en paz. Nunca habían discutido así. Aunque la puerta estaba cerrada, la discusión se escuchó en los pasillos del hospital. El yerno se despidió con cajas destempladas. Fue duro: «Bueno, pues yo no vuelvo por aquí, ya me dirás lo que hay». Desde entonces no habían vuelto a hablarse.

Ahora, en el día de los bombos y de la suerte, se pasa la mañana pendiente de una llamada. A los pocos minutos, el móvil, al fin, suena. Es la voz de su mujer:

—Dentro de media hora entra en quirófano.

Es 22 de diciembre de 2022. La mañana es clara, sin nubes. Son casi las once. El yerno se levanta. Al poco, se sienta otra vez. No sabe qué hacer. Apaga la radio: no quiere sorteos, solo silencio. Ahora, un rayo se detiene en un armario de nogal y, segundos después, en una imagen de la Virgen. Sale de la sacristía a la nave central. Al fondo, detrás del altar, una lámpara encendida. En su cabeza, solo preguntas.

LA MADRE no sabe muy bien de qué forma sentarse en su acolchada silla de oficina. Ahora sí que siente unas buenas agujetas. La sesión de pilates de ayer fue doble, y eso se nota. Como operadora del Banco Santander, lleva casi dos horas atendiendo a los clientes. La gente espera detrás de la ventanilla con el número que le corresponde entrelazado en los dedos. Se acerca el fin de año, y eso se nota. El 22 de diciembre todos tenemos prisa: dentro de unos días se cumple el plazo

final de casi todo. Quien más quien menos funciona con una cierta sensación de estar al borde del abismo. En efecto, la cola aumenta. Hay quien guarda el fragmento de papel numerado en el bolsillo. Hay quien lo convierte en un gurreño por puro nerviosismo. A algunos los conoce de vista. Ahí está, por ejemplo, el jubilado, que no se aclara con el expendedor exterior, y viene a retirar, como todos los meses, trescientos euros de su cuenta. Y esa señora, que parece tener en esta oficina su segunda casa y se inventa cuestiones financieras absurdas e irrealizables, en el fondo, para poder charlar con alguien.

En una esquina, Damián, el frutero, no aguanta más de pie y se acomoda en un asiento lateral al precio de estirar el cuello dos veces al minuto para ver si hay novedades en el cartel luminoso. Pero los dígitos no cambian, y ya van quince minutos. La culpa ahora es de una mujer de mediana edad que se ha adueñado definitivamente de la ventanilla. Deja en manos de la operadora un buen taco de folios grapados y espera la resolución de sus asuntos, accionando su bolígrafo una y otra vez y mesándose el cabello. Se trata de un cambio de cuenta: algo no excesivamente complicado. Sin embargo, la madre se equivoca dos veces y tiene que volver a fotocopiar todo. Hoy no es su día y ella lo sabe. Preocupaciones no le faltan. El mayor, por ejemplo, sin previo aviso, por decirlo de alguna manera, suspendió tres. Entre otras, las Matemáticas. Un disgusto bien grande. Su marido —todo un ingeniero— no acaba de asimilarlo. Ella tampoco, la verdad. Siempre quieres que tu hijo se te parezca. Y ella de toda la vida había tenido facilidad con los números. Fueron a hablar con el tutor y les propuso la posibilidad de

recuperación antes de Navidad. El chico lleva toda la semana encerrado en la habitación. Es verdad, pero... ¿estudia de veras? Pasa a veces por su cuarto: no oye ni una mosca. La puerta cerrada, eso sí. Tampoco ella tiene vocación de vigilante perpetua: hay que darle confianza, aflojar un poco la cuerda. Hoy es el día. No hay margen para más. A las once y media, al mismo tiempo que sus compañeros y profesores se despidan y se feliciten hasta el nuevo año, el mayor de sus hijos comienza el ejercicio de recuperación.

La madre mira el reloj: son las once y media pasadas. Habrá comenzado ya. Ella nunca bajaba del nueve, ni en el bachiller ni en la carrera. Su marido, mejor todavía: cursó Ingeniería con excelentes calificaciones, y ahora trabaja en una gran empresa de suministros tecnológicos. ¿Qué pasa entonces aquí? Su hijo parece que atiende cuando le hablas, pero al final se lo tienes que repetir todo tres veces. La pantalla del móvil, siempre cerca. Los cascos, colgados al cuello.

Nació cuando casi habían perdido la esperanza y estaban pensando en adoptar. Luego, cosas de la vida, han tenido dos más. Se quedó embarazada, después de visitar a no sé cuántos médicos y de que la abuela llenara de velas a las imágenes de santa Ana y de san Ramón Nonato. Fue —lo ha sido siempre— un niño feliz, dócil. Nunca ha dado problemas. Vino al mundo con el encanto de la sorpresa, algo muy inesperado, cuando se habían hecho a la idea de que no había nada que hacer. Se diría que fue como un regalo del cielo. La abuela no necesitaba más explicaciones y seguía llenando de velas y de oraciones las capillas.

Cuando vuelve en sí, tiene a la clienta todavía esperando que le selle y le entregue la documentación de

su nueva cuenta, y accionando —ahora sí— ya frenéticamente el botón del bolígrafo. Siente como alfileres candentes las miradas de los demás que esperan su turno con un principio de ansiedad mal disimulado. Damián sigue ahí, sentado, escrudiñando ahora la pantalla del móvil.

Resuelve sin dilación los sucesivos trámites, procurando concentrarse. El cambio de dígito pilló fuera de juego al frutero, que saca los papeles y se acerca a la ventanilla con torpeza, pidiendo disculpas. Como cada cuatrimestre, viene a abonar el IVA de autónomos. La madre ha tomado carrerilla y resuelve todo con celeridad, estampando los sellos correspondientes, y devolviéndole el comprobante de pago.

A las doce menos cuarto, como todas las jornadas, está prevista una parada de media hora. Le vendrá bien. El cargador de su móvil ha dejado misteriosamente de funcionar. Tiene que conseguir, como sea, uno nuevo, y se acuerda de que en la plaza del mercado hay un Phone House. Sale sin decir adiós. Una brisa la recibe. Ahora se acuerda una vez más de su hijo mayor: ¿cómo le estará yendo?

LA JOVEN ESCRITORA recuerda todavía el aspa-viento alborozado de su madre, cuando, siendo una niña pizpireta de doce años, entró en casa blandiendo un florido diploma al mejor poema navideño de 1.º de la ESO. Semanas más tarde, llegó el reconocimiento al más terrorífico relato en la semana de Halloween y, cómo no, en San Valentín, al mejor poema de amor. Ese día, el jurado estimó que merecía el galardón de toda la secundaria, superando a alumnos mucho

mayores que ella. Esos versos fueron leídos por la autora el catorce de febrero, día de los enamorados, y permanecieron pinchados en el tablón de anuncios del vestíbulo al menos un mes, hasta que fueron sustituidos después por fotografías de mujeres que habían hecho historia, conmemorando el ocho de marzo.

«Qué bien escribe para su edad», se comentaba en la sala de profesores. Como se suele decir, se había labrado un merecido prestigio. Ya no solo su madre, también sus tías, sus primos, el entrenador de fútbol y algunas amigas, entre adúladoras y envidiosas, comentaban cuando la veían por los pasillos: «mirad, ahí viene... la escritora».

Durante los siguientes cursos, animada por tanto reconocimiento, se lanzó con un poema más largo e incluso un relato de varias páginas, que fueron publicados sin demora en la revista del centro. Ella era, además, de las que se acercaba a la biblioteca en las horas del recreo, no para repasar los últimos esquemas del examen de Historia o los ejercicios de Física, sino simplemente para leer. Seleccionaba un libro con cuidado, siempre aconsejada por el diligente profesor bibliotecario. Acariciaba la tapa y se ponía a ello. Frecuentemente, a los quince días, lo devolvía leído y pedía uno nuevo. Después, vino la poesía... Sí, la poesía irrumpió en su vida con pasión. Desdeñando sus ripios infantiles, descubrió a los grandes. A los trece, leyó *La voz a ti debida*. A los catorce, los *20 poemas de amor*. A los quince, alucinó con Garcilaso, Quevedo, san Juan de la Cruz. Se aprendió casi de memoria la *Elegía a Ramón Sijé* y la dedicada a Ignacio Sánchez Mejías. Incluso se atrevió con *Poeta en Nueva York*. No entendió mucho de lo que ahí se decía, pero

aquellos versos, no sé..., parecían imanes más que palabras. Los leía y releía: la tenían como atrapada.

Ahora ha pasado mucho tiempo de todo aquello. Tiene 22 años y la joven escritora lo recuerda todo con cierta melancolía, quizá con la nostalgia de aquellos años donde estrenaba los afanes de la vida. En 2.º de Bachillerato lo tenía claro: estudiaría Filología Hispánica. Su padre torció el gesto. Todo terminó con una pequeña discusión nocturna. Su madre tampoco lo tenía demasiado claro. Pero la realidad se impuso: «que haga lo que quiera, luego ya veremos».

Y qué curioso, fue comenzar los estudios superiores y dejar de escribir. Pudo más el afán de sacar buenas calificaciones y profundizar por aquí y por allá. Estaba demasiado ocupada, dominada por la urgencia de los plazos. Que si entregar el trabajo sobre Cervantes y su época, que si lograr analizar la complicada sintaxis con novedosa nomenclatura, que si desmenuzar un poema con el fin de encasillarlo en la mecánica de un complejo guion de comentario. Además, esos exámenes cuatrimestrales que le hacían pasar gélidos eneros pegada al flexo. No, no hubo versos. Mucho menos relatos. Y ya estaba en cuarto curso. En septiembre, una vez que entregara el Trabajo de Fin de Grado, pensaba tener el título en su mano.

Pero esa seguía en su capacidad creativa, que tan prometedora había sido en su adolescencia, ¿se debía solo a la falta de tiempo? Había algo más. No tenía más remedio que aceptarlo: en el fondo, la escritora tenía miedo. Miedo a no estar a la altura de las grandes figuras con las que se tuvo que enfrentar según avanzaban los cursos y las materias, y que habían supuesto para ella un deleite difícil de comunicar, una devoción casi

religiosa, y —¿por qué no reconocerlo?— un poso de envidia e insatisfacción. «¿Podré yo algún día escribir así?», pensaba. Y no se atrevía, no se atrevía. Lorca, Borges, Pound, Safo, Whitman o Kavafis. Al lado de esos gigantes que llenaban su estantería de gran literatura, se sentía una hormiga. Quedó en su mente grabada la sentencia con la que se explayó aquel viejo profesor de Literatura Comparada: «En el mundo de la enología —igual que en el de la literatura—, no es lo mismo ser un buen catador que un buen elaborador de vinos. El primero es un analista. El segundo, un creador. Y para ser creador se necesitan no solo conocimientos y cierta sensibilidad. Se necesita genio».

Quizá eso es lo que le pasaba a ella. Cuanto más sabía de poesía —valorando de un vistazo si un poema valía la pena o no—, más se amedrentaba a la hora de enfrentarse con un folio en blanco. Una cosa era cierta: había ahí, dentro de ella, un algo propio, sí, pero estaba dormido. Gozaba con la aportación de los demás, con la belleza de una composición sublime, irreplicable. Pero —quizá atenazada por el temor de quedarse en el camino— no percibía desde hace tiempo esa urgencia, esa comezón de plasmar en unos versos sus propias ideas, sus sentimientos más íntimos.

Pero ella no es de esas que se da fácilmente por vencida. Ahora, la escritora se encuentra en su habitación, un 22 de diciembre, finiquitadas las apreturas del primer trimestre, con todas unas vacaciones por delante y dispuesta a que ese duende dormilón que ronronea en su interior se despabile. Es el momento propicio. No hay ruido en la casa, hace tiempo que dio cuenta del desayuno y ha dormido a pierna suelta. El sol se levanta, aunque todavía no del todo. Ilumina

las ventanas, su mesa, su portátil. Faltan veinte minutos para las doce. Desde que se ha levantado, sabe que una idea algo difusa le ronda por la cabeza. Intuye, palpa más o menos lo que tiene que decir. Pero no sabe cómo.

Formato Word. Documento nuevo. Sin título. Dedos sobre las teclas. En la pantalla, un fondo pulcro, blanco: nada.